

De CARLOS HERRERA MAC LEAN

ESTAMPAS DE UN VIAJE A CHILE

● Especial para MARCHA

VOLVEMOS otra vez, después de varios años, a visitar el suelo chileno. Y otra vez, también volvemos al diálogo con el lector lejano. Vamos ahora, en misión oficial, llevando una preciosa carga de pintura y de grabados. Ciento veinte cuadros de Fígaro y setenta grabados van a acercarse al alma del pueblo lejano con el mensaje de la belleza. De todo eso que llevamos: de nuestros espíritus propensos al abrazo espiritual americano de nuestra visión de naturaleza, pueblos, arte; de nuestras emociones surgidas con los inesperados encuentros de tierra o de humanidad, va a nacer, como en un diario de viaje, la estampa en palabras leves y fugaces. Que se acerquen a la publicidad, corriendo las lejanías, como una invitación al viaje ilusionado —como el nuestro— para sentir palpitar de cerca un pedazo del inmenso corazón americano.

AL LADO DE LA CORDILLERA

Abandonamos bajo un agua obstinada Buenos Aires, la ciudad inmensa y febril. Corremos ahora por las vías paralelas de un tren que aprieta como un cinturón el vientre chato de esta tierra argentina. Amanece el día siguiente con el rosa del alba sobre la estación cuyana. Y al bajar, es la enorme muralla de la cordillera la que nos cierra los horizontes, escondiendo en un rincón, junto a las nubes, un puñado de nieve. El tren comienza su jadeante tarea de vencer, muy despacio, la altura. Y en su lento caminar nos acerca al misterio blanco de las cumbres. Frío en el aire y en el nudo de nuestra emoción. Soledad en las laderas de las montañas desnudas. Ni árboles, ni flores, ni pájaros, ni animales. Toda la fuerza mineral desafía nuestra emoción. Y el diálogo nuevo con la nieve, la falda rocosa, el pico en su arrogancia o el hilo de plata que baja desde la altura, vuelve tembloroso y niño nuestro espíritu, frente a la magnífica desolación del paisaje.

DE NUEVO SANTIAGO

Aquí vuelven a despertar los nombres que se habían dormido en el recuerdo: es-

tación Mapocho, calle Ahumada, Huérfanos, Agustines, Monjitas, con el dulce encanto de la tradición guardada. Aquí cantan los diminutivos con el suave canto chileno: "Hasta prontito, adiocito, hasta luego." Aquí el aire quieto de la ciudad, cuidada por la cordillera. Andamos de nuevo por las calles. Recorremos la Alameda y seguimos por los malecones del Mapocho, que nos recuerdan un Sena menos caudaloso en el manso andar de sus aguas. El aire es hoy gris y frío. Los lebreles del viento se han quedado detrás del cerco de los montes. Vagamos sin rumbo, descubriendo grandes empalizadas que ocultan los edificios nuevos por nacer. Santiago tiene también su hora de furor constructivo. Pero nuestros ojos persiguen las viejas y sufridas arquitecturas. Las vemos de nuevo: el Palacio de la Moneda, San Francisco, la Casa Rosada, la Casa de Toesca, Santo Domingo. Triunfa la fría herejía sobre los muros de maciso aspecto. Y entre piedras y hierros forjados se queda enredado nuestro pensamiento.

UNA BANDA MILITAR

Es temprano en el hotel. A través del cortinado pasa una leve luz que nada nos dice de la hora. De pronto, en el aire incierto de esa mañana sin tiempo, se levanta una música firme y filosa de clarines. ¿Qué fiesta, qué regocijo popular, qué ceremonia es ésta? ¿Qué hermoso es este despertar nebuloso con una música que llena todo el aire de la mañana! Al salir hacemos preguntas. No hay fiesta, ni ceremonia, nos dicen. Es el cambio de guardia en el Palacio vecino nuestro, de La Moneda. Un simple y corriente hábito militar. Así pensamos cómo esté pueblo inquieto que va a tumbos desde una izquierda que acrece sus contingentes, a una derecha confiada que cree invulnerables sus privilegios, mantiene aún los modos viejos de la tradición. Sigue cultivando todo lo que tiene el ejército, en su faz decorativa, como las bandas militares, que cantan una alegría de metales sonoros por las calles apretadas. Y delira por los grandes desfiles, cuando los regimientos, como unánimes danzarines, pasan con paso rítmico en los solemnes desfiles.